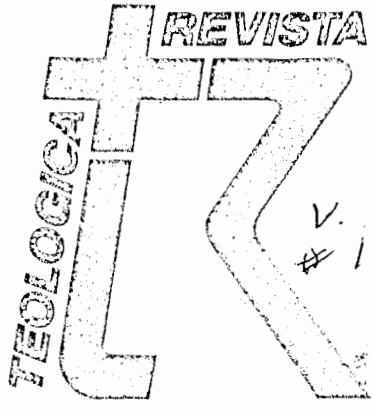
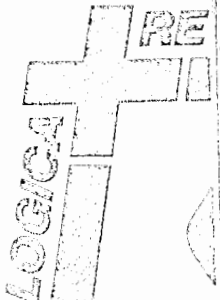
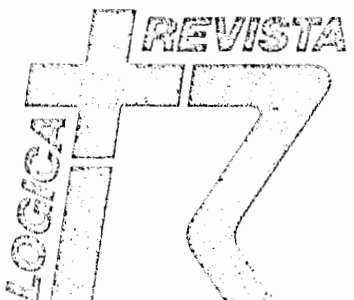
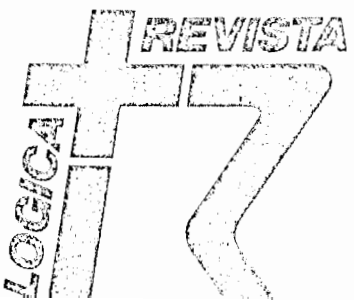
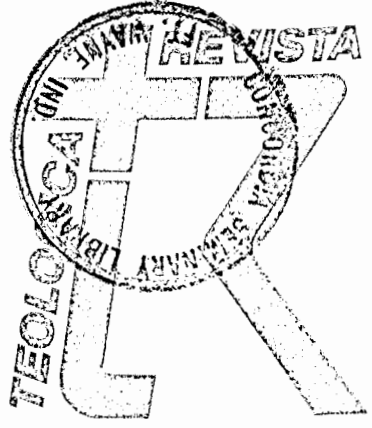
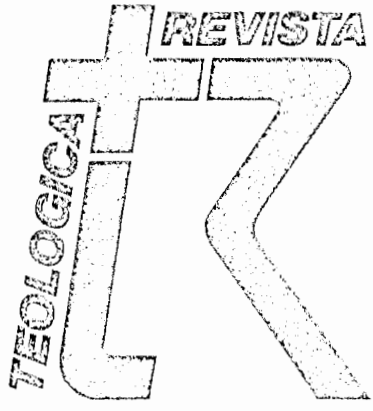
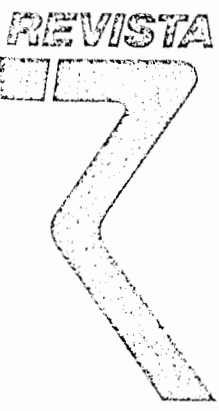
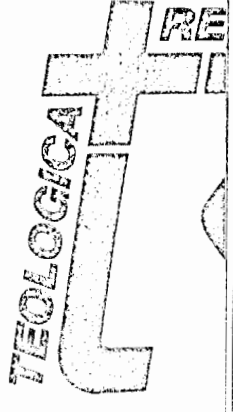
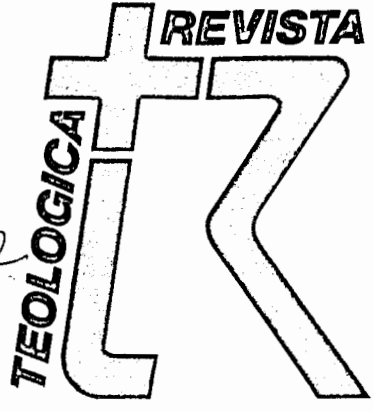


AUG 1 1997



V. 41
152





Revista Teológica

Publicación Cuatrimestral del
SEMINARIO CONCORDIA
Escuela Superior de Teología de la
IGLESIA EVANGÉLICA LUTERANA

SEMINARIO CONCORDIA

Casilla de Correo Nº 5 - (1655) JOSÉ LEÓN SUÁREZ
Prov. de Buenos Aires - Argentina

Año 41 - Nº 152

Enero a Abril de 1996

Revista Teológica

Publicación Cuatrimestral
del SEMINARIO
CONCORDIA

Escuela Superior
de Teología
de la IGLESIA
EVANGÉLICA
LUTERANA ARGENTINA

Editor Responsable
CLAUDIO FLOR

Redacción
Cuerpo Docente
del Seminario Concordia

ANTONIO SCHIMPF
EDGAR KROEGER
JORGE E. GROH

Colaboran en este número:

ERICO SEXAUER
LEOPOLDO GROS
MANFRED ZEUCH
MARIO RUSCH
OSCAR DIRR

Año 41 N° 152

Indice

| | |
|--|----|
| La Iglesia Luterana y la Educación Teológica <i>L. Heimann</i> | 3 |
| El Espíritu envasado en la carne <i>M. Zeuch</i> | 6 |
| El Movimiento Nueva Era <i>E. Denzin</i> | 16 |
| Algunas indicaciones para el uso de oraciones espontáneas | 35 |
| ¿Asociados o disociados con nuestro contexto social? <i>M. Rusch</i> | 38 |
| Himnos <i>L. Gros</i> | 43 |

¿Asociados o disociados con nuestro contexto social?

Mario Rusch

La pregunta del título puede encontrar tantas respuestas como enfoques quepan a esta cuestión. Si nos acercamos al tema desde la perspectiva de nuestra fe cristiana seguramente nos inclinaremos más por responder que no debemos asociarnos con ciertas prácticas mundanas claramente visibles en nuestros tiempos en esta extensa red de situaciones y prácticas anticristianas con las que nuestra sociedad contemporánea impacta sobre nosotros; y si consideramos el riesgo y la posibilidad latente de perdernos y perder a otros en tamaña red, seguramente con mayor decisión y facilidad contestaremos que no debemos para nada asociarnos con lo que nuestros ojos observan. Sin caer en relativismos, es importante que paralelamente hagamos este planteo: ¿y si el no asociarnos nos disocia del contexto y nos impide llegar a él con el mensaje de salvación?. Aquí ya no podemos contestar fácilmente optando por disociarnos o alejarnos del contexto mundano, corrupto, peligroso, y difícil en el que muchas veces nos vemos envueltos. En realidad, hay también en esto una cuestión de concepción, es decir, de una forma de concebir y relacionarnos con lo que nosotros llamamos sociedad; esta concepción puede asociarnos hasta contaminarnos casi por completo, o puede, en el otro extremo, disociarnos

hasta un monasticismo craso que poco quiere saber del contexto en el que vive, en el que también ha sido puesto para testificar.

La Palabra de Dios nos habla del mensaje de Salvación compartido a los hombres, de que Dios en su gran amor dio su vida para la salvación de la humanidad caída y condenada; este fue el marco de referencia para el ministerio del pueblo judío que portaba y llevaba consigo la mano poderosa y victoriosa de Jehová, cuyo mensaje era respetado, obedecido, y proclamado; fue también el marco referencial del ministerio de Jesucristo entre los hombres, con el énfasis en el profundo contenido de las buenas nuevas y el discipulado de quienes creían y creerían en El. No obstante, en esta revelación de Dios, tanto en Israel, principalmente en los profetas, como también en Jesús de Nazaret, aparece esta constante de asociación y disociación con el contexto en el que el pueblo de Dios debió moverse. Desde el puritanismo fariseo que nada comía ni tocaba, hasta la apertura del Maestro Jesús que fue capaz de compartir la mesa con gentiles y publicanos, existe una amplia brecha conceptual que suele una y otra vez afectar la buena comunicación del mensaje de salvación hacia el contexto en el que se vive la fe cristiana. Vale considerar rápidamente algunos ejemplos

que la historia del pueblo de Dios nos muestra a lo largo de las Sagradas Escrituras.

Asociación con el contexto

Cuando Jesús ve frente a sí la multitud, Mt. 14, siente compasión de ellos y sana a los enfermos que se le acercaban; la compasión aquí es un móvil importante que también le permitiría a los discípulos comunicarse saludablemente con quienes no creían en Jesús ni disfrutaban de sus beneficios; fue Pedro (Hech.3:6) quien por convicción, poder, y compasión, se sintió movido a decir: *"No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda"*. También Felipe, guiado por el Espíritu Santo, en un diálogo informal con alguien muy especial como el alto funcionario etiope (Hech.8:26-40), le explicó sobre lo que aquel estaba leyendo, logrando que comprenda y crea en la verdad del Evangelio. Dos formas de relación, una con compasión, y otra con valentía, que halagaron el camino para que el mensaje de Jesucristo, o sea comprendido y creído, o sea expresado de hecho a través de la sanación. Por lo visto el sentido de la expresión de Jesús frente a la multitud no se perdió ni siquiera en quienes fueron seguidores indirectos de él; es que la obra de su Espíritu ilumina mentes y corazones para que quienes han de recibir las buenas noticias o son objeto de ellas no sean rápidamente juzgados, discriminados, o en el peor de los casos temidos, lo cual no permitiría relación alguna con ellos, o fácilmente

contribuiría a disociarse de ellos.

Disociación con el contexto

Otros casos, también bíblicos, muestran una clara disociación con el contexto en el que los representantes de Dios se movían, y aunque algunos de ellos llevaron adelante casi perfectamente la misión que Dios les había encomendado, en un principio su relación con dicho contexto no era la mejor. Los conceptos que Abraham tenía acerca de la gente que habitaba en la ciudad de Gerar, por ejemplo, eran bastante negativos (Génesis 20:11). Aquí Abraham elude una posible situación comprometedora frente a quienes él mismo declara mundanos e incrédulos. Según la versión popular, el versículo 11 dice que Abraham contestó: *"yo pensé que en este lugar no tenían ningún respeto a Dios, y que me matarían por causa de mi esposa"*. Aunque no era del todo reprochable la actitud de Abraham frente a aquella gente, dado que en realidad Sara era realmente hermana de Abraham por parte del padre, él prefirió el rol de hermana antes que el de esposa por cualquier eventualidad, y temiendo alguna situación que lo comprometiera. Digamos que salió sagazmente de un rol tratando de eludir una posible mala situación, que entre otras cosas, estaba basada en su propio concepto negativo del contexto en el cual estaba viviendo: la ciudad de Gerar.

Esto nos recuerda la apresurada actitud de Pedro (Hechos 10:12-14), de declarar impuros a los animales que veía en aquello parecido a una gran sabana,

actitud que no le hubiera permitido comer de lo que Dios había purificado y en realidad le era lícito comer. Era, en realidad, esta visión apriorística y juiciosa lo que a estas dos personas no les permitía avanzar en lo que estaban haciendo, o bien, querer dejar de ser lo que realmente era, en el caso de Abraham. Quizá en este caso hubiera sido más correcto asociarse a ellos con un vínculo más directo, más compasivo, para que su testimonio fuera mejor y los varones de Dios fueran bien vistos.

Podemos también mencionar el aun más conocido caso de Moisés (Génesis 3 y 4). También Moisés parecía estar disociado del contexto en el que se movería si anunciaría el mensaje y la voluntad de Jehová. El primer indicio de esto aparece en su primera e inmediata respuesta al llamamiento (v.13): *"Ellos me van a preguntar: ¿cómo se llama? y entonces, ¿qué les voy a decir?"* con lo cual Moisés justificaba fácilmente el quedarse allí sentado cómodamente, y adivinaba actitudes o palabras que quizá nadie hubiera mostrado frente a él. La segunda muestra de disociación aparece en su segunda respuesta (cap.4:1): *"Ellos no me creerán, ni tampoco me harán caso -contestó Moisés-. Al contrario, me dirán: el Señor no se te ha aparecido"*. Aunque aparecía como una vana excusa para no cumplir con su misión, lo apartaba enormemente de quienes habrían de recibir su mensaje.

Hay algunos conceptos que frecuentemente usamos en nuestra relación con la sociedad o el contexto en el cual vivimos:

1) **Sociedad Mundanal**: Este título entraña un concepto demasiado negativo de la realidad social que vivimos. Lo mundanal se da cuando entroniza algo que no es Dios como objeto supremo de nuestros intereses y afectos; así, las ocupaciones y los placeres se transforman en algo malo cuando se les presta una atención totalmente excluyente, es decir, cuando se las transforma en cosas exclusivas, sumamente importantes, y uno se consagra a ellas. Estos intereses, prácticas, o estilos de vida, son vistos como ajenos o desenganchados de los valores cristianos, por lo tanto merecen ser vistos como expresión de mundanalidad, pertenecen al mundo y sus pasiones, siendo descartados y hasta enjuiciados severamente a la luz de la práctica de la fe y los valores cristianos. En sí mismo, tal concepto es correcto, y más si lo vemos desde nuestra vida cristiana; pero a la vez puede ser tendencioso y peligroso; el riesgo que trae es la distancia que establece con lo mundanal, no permitiendo relación alguna con eso, y el escaso diálogo con las situaciones, hechos, personas, y prácticas anticristianas. Posiblemente la más alta expresión de esta actitud frente a lo concebido como mundanal sea la distancia o discriminación hacia el sidoso o el homosexual, por no mencionar la sutileza de expresiones menores como mirar por mucho tiempo con malos ojos a nuestro vecino alcohólico. Paralelamente, el concepto toma una actitud de enclaustramiento en los principios cristianos, con poca apertura frente a lo externo, ajeno, y peligroso, representado por la sociedad mundanal. No mediando tal necesaria relación con lo mundanal,

por ejemplo, con buena información sobre el surgimiento de prácticas no cristianas que toman influencia social y afectan a muchas personas, o con una actitud solidaria ante personas que pueden comenzar a practicar y volcarse hacia ellas, con oración, etc., se corta la comunicación y aparece el dualismo: iglesia-mundo, o mi iglesia y el mundo, o mi fe cristiana - y los demás, que sirve de obstáculo para el sano y necesario testimonio cristiano ante dichas prácticas (horóscopos, drogas, delincuencia, etc.).

2) Sociedad peligrosa: Este concepto parte de la premisa de que el contexto y sus hechos son monstruos que depredan a un cristianismo en aparente vías de extinción. La corrupción, ciertos hechos de violencia, la pérdida de valores, especialmente entre el sector más joven de la sociedad, una conciencia abortista creciente en algunos círculos sociales, el homosexualismo, etc. son parte de una sociedad opresora y peligrosa que ataca la integridad personal, familiar, y hasta la de la propia iglesia. Generalmente, el concepto parte de una información fragmentada de estas cosas; los fragmentos no son analizados correctamente, ni menos relacionados con nuestra fe cristiana; así, estos temas son fácilmente desechados en el residuo de las cosas no resueltas, pero chocantes a simple vista. Tampoco este concepto es totalmente incorrecto, es decir, trae consigo una visión realista de las cosas y los problemas sociales, y tiene sustento en el peligro real que tales problemas representan para cualquier cristiano; pero igualmente, toma distancia con estos planteos sociales, no se atreve a

encararlos con una actitud un poco más analítica, y de esta forma, queda rezagado frente a la realidad social, sus problemas y su avance natural. El concepto de la sociedad peligrosa tiende a atemorizar y paralizar. Aquí sólo hay que defenderse y sobrevivir.

3) Sociedad que no existe: Este concepto quizá no pueda ser visto como tal, pues en él, los interrogantes, las dificultades, los riesgos, los cambios, y las circunstancias que se dan en la sociedad, no existen. Posiblemente la desinformación o el desinterés por lo que ocurre fuera de uno mismo no permita tener acceso a los temas que se plantean en ella. Este concepto no interroga demasiado, es demasiado quieto, no existen planteos aquí o replanteos en el proceso de descubrir cuál es la realidad que se vive, y obviamente tampoco la misma traerá inquietudes, ni habrá necesidad de relacionar algunas cosas con la fe cristiana. A la sociedad inexistente no será necesario decirle demasiado desde lo cristiano. Tampoco será necesario darle entrada en el orar diario, o en las expresiones solidarias del amor cristiano. No será necesario compadecerse de ella, ni sentirse desafiado a llegar a ella con la ayuda o el consuelo que necesita. En última instancia, la sociedad inexistente es la que no tiene que ver con nosotros, es aquella a la cual no habrá que responderle, es aquella con la cual se es indiferente, la cual muchas veces camina en un rumbo muy distinto que el nuestro, pero quizá la que más nos necesita, o la que ha de ser objeto de nuestra

compasión según las palabras de Jesús ante la multitud. Tal vez sea válido reflexionar, teniendo en cuenta lo histórico y nuestros 90 años de vida en estas tierras y en este contexto, acerca de nuestra asociación o disociación con la realidad social que vivimos en estos tiempos. Es claro y queda claro que, como decía el filósofo: "la real virtud se encuentra en el justo medio", y aunque por no asociarnos corramos el riesgo de disociarnos, también como pueblo de Dios estamos llamados a ser sal, luz y proclamadores del mensaje de redención, del que llevamos en nuestros corazones y el cual orienta nuestras vidas cristianas. En estos tiempos desafiantes para nuestra fe cristiana, es importante que nuestra convicción y testimonio cristiano sean vistos más que nunca entre los que conviven y comparten con nosotros los quehaceres diarios, los problemas,

temores, etc. Será necesario que muchas circunstancias nos asocien a quienes no creen en Jesucristo para que llegando a ellos con nuestra vivencia cristiana llevemos adelante el mandato de nuestro Salvador Jesucristo: "*Vayan, pues, a las gentes de todas las naciones, y háganlas mis discípulos; bautícenlas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a obedecer todo lo que les he mandado a ustedes. Por mi parte, yo estaré con ustedes todos los días, hasta el fin del mundo*".

Que la presencia de Jesús entre nosotros como IELA, y en cada uno en particular, nos dé la fortaleza y la sabiduría suficiente para acercarnos a esas gentes con un espíritu de amor, de solidaridad, de compasión, para la gloria del nombre de Dios. Amén.

El Rev. Mario Rusch es pastor de la Congr. "La Concordia" de J. L. Suárez